

vuelve usted á su tierra (y yo me comprometo á proporcionarle manera de que lo haga con menos molestias é incomodidades que á la venida) ó me da, á mí, á Juan José Baz, su palabra de que no se meterá en dificultades... Pudo pasar su empeño mientras usted creyó que la muchacha le quería. Ahora, cuando le digo, y estoy pronto á demostrárselo, que no puede abrigar esperanza ninguna, andarse con romanticismos indicaría una maldad muy grande ó una tontería supina... ¿Qué dice usted?

— Que hago lo que usted quiera.

— Eso es, hombre; dese usted á partido y le irá bien en el mundo. ¡Mujeres! Las mujeres abundan más de lo que usted se figura, y por mil que resultan bellacas ó traidoras, suele haber una que tenga el alma en su almarío. Búsquela usted y no se aflija porque le abandone una coqueta.

— Y bien, señor Gobernador, exclamó Pepe con arranque, usted me ha abierto los ojos. No tenga temor de que me meta á hacer el papel de porfiado; dice bien: no hay que amilanarse porque le deje á uno cualquier indecente. Le prometo á usted que no volverá á saber palabra de mí por lo que respecta á esos indignos amoríos. En cuanto á lo de marcharme á mi tierra, le aseguro que me sobran ganas de ello; pero temo que mi suegro quiera echarle, á enemigo que huye puente de plata. Si usted, señor don Juan José, me asegura bajo su palabra de honor que nada

tiene que ver esa persona en el asunto, acepto su oferta... Si no, le prometo que me quedaré aquí; Su Excelencia puede estar tranquilo; no tocaré á la niña ni con un palito.

— Así me gusta, amigo; así le quería ver. Y como confío en su palabra ya ordeno que no se le vigile ni se le moleste.

— Gracias, señor Gobernador... ¿Puedo retirarme?

— Sí, hombre, puede irse... Oiga, amigo, dijo Juan José al ver que salía el galán, ¿no se le ofrece nada? Como yo ya he sido pobre, conozco qué son trabajos...

— Gracias, señor.

— Pues á buscar otra y pronto; á la edad de usted no se sienten ni las indigestiones ni las calabazas... Vaya con Dios.

Y desde ese día, Pepe Brambila se quedó de firme en México.

* * *

Cristina Martínez era hija de Crispina Martínez y de... quién sabe quién sería el padre: resultó la muchacha, como suele decir la gente con mala intención, *pedrada en timulto*. La madre era una daifa de lo más vulgar y corriente. No había cantina, pulquería ni casa de trato en que la Crispina no alcanzara un cartel que habría dado envidia á aquellas ramerías que con tanto primor y colorido retrató el devotísimo obispo de Mondoñedo.

Vino la criatura como los niños vienen siempre para estas desgraciadas, constituyendo un obstáculo, una fuente perenne de gastos y otra fuente más constante de disgustos: nadie la solicitaba, nadie quería amontonarse con ella, nadie pretendía tenerla en las casas de venta común á causa de que llevaba delante un obstáculo terrible: tenía muchacho. A fuerzas, pues, más que de ganas, la Crispina fué retirándose y viviendo vida honrada: de recamarera, de empuntadora, de ama de llaves cuando conseguía ocultar su condición y tratos anteriores; lo más frecuentemente de costurera de ropa de munición, refugio acostumbrado de todas las infelices que no tienen la resolución necesaria para echarse un lazo al cuello ó para engullir cuartilla de fósforos.

Cristinita fué creciendo, en medio de los pantanos de San Lázaro, de las roñosas casas de vecindad de los Angeles y de las zanjas de Mixcalco, tan bella, tan donosa, tan guapa y tan modosita que daba gloria verla. Debe de ser cierta la ley de herencia, pues la muchacha era recatada, dulce, elegante, de lindas facciones, bien criada y, en una palabra, fina, con finura no prestada ni aprendida: procedía de seguro de buen padre, pues la madre era la tarasca más abominable que habían visto humanos ojos.

Maupassant — creo que Maupassant — tiene entre las suyas una historieta muy sugestiva y muy fecunda en enseñanzas: la de una muchacha buena, honrada, seria,

capaz de ser excelente madre de familia, y que cae en el mal sólo por ser hija de una pindongona que traía consigo, como cauda pesadísima, la más perdida de las reputaciones. Eso mismo pasó con Cristina: cuando se vió que crecía garrida y espigada una chiquilla del pueblo bajo y se supo que era hija de la vieja bribona de Crispina, ningún obrero la buscó para casarse con ella, ningún señorito se compadeció de su inocencia y de su mocedad y ninguna dama caritativa la tomó bajo su amparo á fin de que no fuera á extraviarse por el mal sendero: todo el mundo consideró naturalísimo que la hija de la Crispina siguiera la profesión de su madre, que la descendiente de la autora de tantos escándalos fuera escandalosa, que la hija de la disoluta cayera en la disolución.

La vieja — vieja no por haber vivido muchos años, sino por haberlos vivido muy de prisa — se encontró el día menos pensado con que sus dedos estaban torpes y agarrotados, con que la aguja se rehusaba á penetrar en el paño durísimo de la ropa de munición y con que la tarea diaria se iba haciendo cada vez más corta y las entradas más pequeñas. Pensar que Cristinita siguiera ese camino habría sido pensar una locura: ni á ella le gustaba ni la madre se lo habría propuesto: ¿cómo iba á destrozarse los dedos, el pulmón y la vista, ella que tenía unas manos tan bonitas, un pecho tan alto y unos ojos tan claros y tan lindos? Y la cosa, la cosa esperada, pre-

vista, en que todos habían convenido como en algo fatal y necesario, se presentó el día menos pensado: llegó un agente, un comprador; se convino en el precio, se arregló la operación, y el día menos pensado Cristina se halló mujer en el lecho de un viejo libidinoso que había dado por ella tanto como por un caballo, menos que por una casa ó por un rancho de diez caballerías. La madre recibió el precio, lo tiró en unos cuantos días ó meses y el mundo siguió sin alteración su carrera acostumbrada.

El comprador quedó encantado al contemplar la prenda que había adquirido, y como habría cuidado y puesto en una buena pensión al caballo ó á la mula que ofrecieran garantías de duración y de mejoramiento, puso un pisito decente para que la Cristina morara en él y se diera gusto. Estaba el vejete como niño con zapatos nuevos; la niña le parecía un manjar de reyes y se había propuesto no deshacerse de ella jamás, pues pensaba, mediante la combinación del halago y del rigor, encadenarla para siempre.

Pero no contaba con la huésped, ó mejor, con el huésped de la casa inmediata. Pepe Brambila vió á Cristina y la siguió por muchos días consecutivos. Desde la calle de Montealegre hasta la iglesia de Santa Catalina fué su escolta invariable cuando la muchacha iba á oír misa, y un día que la encontró fuera del cancel, lejos de



— Yo la adoro á usted... Si usted me quiere, le daré mi vida.

la bruja que la acompañaba, Pepe le dijo en voz baja y desembozándose rápidamente:

— Yo la adoro á usted... Si usted me quiere, le daré mi vida.

Frasezota vulgar, pero que venía acompañada de un movimiento de manos, de una mirada, de una voz, de no sé qué, que la del cuento no dijo sí, ni dijo no, ni pudo moverse, ni dar paso. Cuando salió la vieja que hacía de eunuco, Pepe había desaparecido y Cristina estaba temblando con frío de cuartana.

No se fijó la custodia en la turbación de Cristina; quería llegar cuanto antes á su casa, pues, como decía, la bola del latido se le metía en el hueco del estómago y comenzaba á darle vuelcos allí hasta que la alejaba con el tazón de soconusco y su competente cortejo de bollos.

Al día siguiente Pepe le entregó á la reclusa una carta llena de figurones cursis, de palabrotas de pie y medio y de frases que terminaban por tres y cuatro admiraciones; pero á Cristina le pareció aquello lo más fino y delicado del mundo.

— ¡Qué bien habla! ¡cuánto me quiere! exclamó sin discernir la baja ley de aquellas bujerías que le daban por oro fino y gemas exquisitas.

Y Cristina se puso á querer al fogoso Brambila con todo su afán de ignorante, de desconocedora de las artes de amor. El día que él le propuso dejar el domicilio casi

conyugal del celoso viejo, Cristina estuvo conforme de toda conformidad: si le hubiera propuesto matar á su comprador, intentar un vuelo desde la azotea, salir desnuda á la calle, todo lo hubiera hecho sin vacilar: la naturaleza salvaje de Cristina, la vida libre, la virginidad de impresiones y la belleza viril y desenfadada del galán le hicieron entregarse á aquel querer con toda su alma.

— ¡Dios mío! solía exclamar la muchacha, ¡qué lindo es; pero qué lindo! — Y no apartaba los ojos del descendiente de los Amadores.

Pepe, por su parte, tomó aquello con un calor que á él mismo le asombraba. Muchas veces se había sentido enamorado; la prueba era que le habían querido tanto; pero como en aquella ocasión, jamás: aquella bestia bonita se le había aposentado en lo más oculto de las telas del corazón y no había de salir de allí ni á tres tirones.

El dúo de amor fué incesante, unísono, de un tono tan sostenido que hacía temer no durara mucho á tamaña altura; pero entretanto, por si duraba ó no duraba, los actores se entretenían en cantarle con nuevos bríos.

Pepe vendió las dos casitas que por su hijuela le restaban todavía, obtuvo dos mil pesos mal contados, y una noche sacó á Cristina de su casa para llevarla á la del callejón de la Chinampa, empleando para ello tanta ceremonia como para llevarla á pasear al Zócalo.

El viejo juró, pateó, se indignó, prometió arrancarle las orejas al muchacho, prometió mandar matarla á ella; pero á pesar de sus promesas de hacer y de acontecer tuvo que conformarse, pues no era cosa de que un hombre de arraigo y de principios, intervencionista platónico y presunto notable, fuera á dar tan mal ejemplo. Ya se verían cuando las cosas no estuvieran en manos de la demagogia, eterna perseguidora de los hombres honrados.

